

mediato predecesor, había basado la política de su gobierno muy al revés del emperador heresiarca Anastasio, en dar protección a la religión ortodoxa católica. Persiguiendo en el interior el arrianismo, quería ser en el exterior el salvador de los católicos, librándolos primero de la esclavitud de los vándalos arrianos, y luego de la que sufrían entre los godos. Así es que desde el primer paso dió á sus actos contra Gelimero un tinte religioso muy pronunciado, lo cual agregó á la protección que su «amigo» Hilderico había dispensado á los católicos de Africa, provocó una fuerte corriente en la opinión pública contra Constantinopla y el catolicismo. El emperador de las Pandectas no desmintió su gran talento diplomático ni su instrucción jurídica en las negociaciones que precedieron al ataque. Con mucha habilidad trató de minar el terreno bajo los pies de Gelimero, presentándole á su pueblo como tirano, lo que en aquel tiempo significaba rey intruso, usurpador, é infractor de la ley de sucesión. En lenguaje muy moderado invitó á Gelimero á contentarse con el dominio de hecho, á esperar hasta la muerte del anciano rey para tomar también su título, y á poner en libertad á un pariente, que si se observasen las disposiciones de Genserico sería y era de derecho el rey legal de los vándalos. A estas reflexiones contestó Gelimero mandando sacar los ojos á Hoamero, que era el auxiliar más temible del destronado por su pericia militar; estrechando aun más la prisión de Hilderico y de Enages, bajo el pretexto de que habían tratado de escaparse y huir á Constantinopla. Al saberlo, todavía no se atrevió el emperador á tomar una actitud enérgica y decisiva: su ejército se hallaba lejos en Asia combatiendo con los persas, y mostraba además abiertamente una grandísima repugnancia á entrar en campaña en Africa contra los vándalos, porque estaba todavía vivo el recuerdo de la colosal derrota de Basilisco. Tan grande era el miedo de los bizantinos á la escuadra vándala, entonces como en tiempo del mismo Genserico, que Belisario no creía poder contar con sus tropas, aun después de rotas las hostilidades, si tenían que sostener una batalla naval. Esto explica porqué Justiniano se presentó con menos arrogancia delante de los vándalos que la que tuvo después delante de los godos. Otra vez eligió la vía pacífica, escribiendo á Gelimero que se hallaba dispuesto á reconocerle por rey, pero que se vería precisado á echar mano de medios coercitivos si no daba libertad y dejaba trasladarse á Constantinopla á Hilderico y Hoamero; reclamación que debía hacer el emperador en obsequio á los dos príncipes que habían puesto su confianza en él. Concluye esta carta con la siguiente sutilísima insinuación: «Que el emperador no creía faltar con su pretensión á la «eterna paz» estipulada con Genserico, ni lo creería aun en el caso de suscitarse una guerra, porque entonces no combatiría al sucesor legítimo de Genserico, sino que al contrario, le protegería.»

Con este giro daba el emperador claramente á entender que para él era Hilderico y no Gelimero el rey legítimo de los vándalos, y que si deseaba tenerle en Constantinopla era solamente para que le sirviera de constante pretexto para intervenir en las cosas de aquel país. De esto á restaurarle en el trono, y acabar con el reinado de Gelimero tolerado interinamente, ó con todo el imperio vándalo en Africa, no había más que una pequeña distancia que podría recorrerse en una ocasión favorable.

Gelimero, convencido del derecho de su pueblo de proveer á su salvación, rechazó todas estas pretensiones. En su contestación inspirada en la conciencia del derecho de su nación y que llevaba el orgulloso sobrescrito «el rey Gelimero al rey Justiniano» (porque en el idioma griego de aquella época significaba *basileus* lo mismo un rey germánico que un

emperador bizantino), defiende y fija ante todo Gelimero la legalidad de su gobierno contra los ataques del emperador jurista, diciendo que no se había apoderado de la corona por la fuerza, ni había faltado á su tío; sino que había sido depuesto por el pueblo en atención á que meditaba planes siniestros contra la familia real; aludiendo al proyecto de cambiar el orden de sucesión excluyendo de ella á Gelimero, y que vacante el trono, le había llamado el mismo pueblo á ocuparle como el miembro de más edad de la familia según lo prescrito por Genserico. De consiguiente, si el emperador declaraba la guerra, faltaría á los pactos de eterna paz, y en este caso Gelimero se defendería y recordaría á Dios los juramentos hechos por el emperador Zenon, del cual derivaba Justiniano, su propia legalidad como los vándalos el reconocimiento por Constantinopla de la de su existencia nacional.

Con esto convencióse Justiniano de que nada tenía ya que esperar de las negociaciones, y á fin de poder emplear su ejército contra los vándalos, hizo la paz con los persas en el otoño de 531. Para el consejo de Estado y el ejército nada tenía de lisonjera esta empresa azarosa; las continuas guerras con los persas habían consumido las fuerzas de la nación y vaciado sus arcas; se temía el poder naval de los vándalos, y hasta el mismo emperador vacilaba ó fingía vacilar; cuando de repente, quizás á instigación del mismo Justiniano, tomó el proyecto un tinte religioso fanático. Un obispo católico de Oriente se presentó á Justiniano, diciéndole que Dios se le había aparecido en sueños para participarle su indignación, porque el emperador no había realizado su proyecto de exterminar á los herejes de Africa, y sin embargo, le había añadido Dios, «si hace la guerra yo le auxiliaré en esta empresa y someteré á su dominio el Africa.» Según otra versión habíase aparecido al mismo emperador en sueños el obispo Leto de Lepsis, martirizado en el reinado de Hunerico, y le había excitado á la guerra.

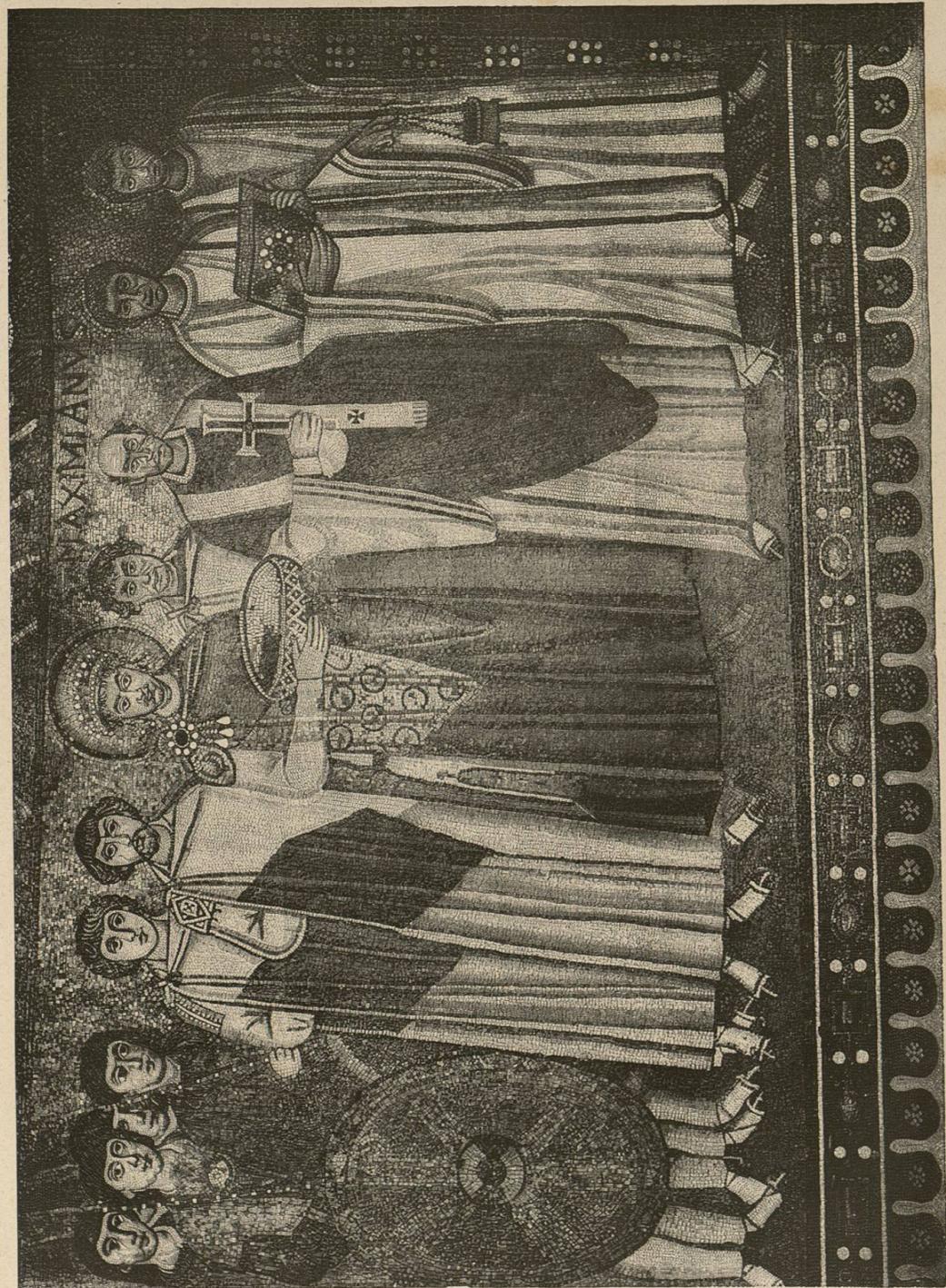
Manifestada tan directamente, acaso por disposición del emperador, la voluntad divina, no había ya que titubear; era preciso emprender una cruzada, una guerra santa contra los arrianos. Justiniano mismo, en cuyo carácter se mezclaba la piedad con la ambición, reconoció oficialmente y de buena fé, como lo prueban además sus oraciones y ayunos, la santidad de esta guerra. La Iglesia también contribuyó con especial solemnidad á imprimirle este carácter; el arzobispo Epifanio de Constantinopla oró por el ejército mientras este se embarcaba, y acompañó á bordo del buque almirante á un sujeto que acababa de convertirse al catolicismo, como señal de que con la bendición de Dios se comenzaba la expedición.

Belisario, el general en jefe del ejército oriental (*magister militum per Orientem*), recibió orden de embarcarse y los poderes más altos para salir airoso en su empresa.

Apenas habían principiado las hostilidades cuando también empezaron á manifestar muy enérgicamente su existencia las dos causas principales de la destrucción del imperio vándalo; la enemistad del pueblo godo, y el paso de la población indígena y romana en Africa al partido del enemigo.

El godo Goda, gobernador vándalo de la isla de Cerdeña, se pronunció, declarando que solo quería servir al emperador; y se adjudicó el título y tomó los aires de rey, rodeándose de una guardia real. Recibió tropas bizantinas, pero como su intención era crearse una posición independiente, obligó á los jefes á volverse solos, diciendo que no los necesitaba.

En Africa, Prudencio, distinguido provincial (con este nombre se designaban los ciudadanos y pueblo de las provincias romanas en oposición á los bárbaros intrusos conquistadores), entregó á los bizantinos la ciudad de Trípoli,



El emperador Justiniano y su corte (copia de un mosaico de San Vitale de Ravena, mediados del siglo VI)

y como en toda la provincia no había tropas vándalas, la ocupó sin resistencia un pequeño destacamento explorador enviado allí por el emperador. Gelimero, careciendo de tiempo para reconquistar este territorio, trató de impedir por medio del terror la propagación del espíritu hostil al interior del país, encargando á su canciller Bonifacio la misión, que este cumplió, de llevar al patíbulo á los romanos más distinguidos y de confiscar sus bienes.



Fig. 77.—Arco triunfal en Trípoli

Bajo estos auspicios favorables empezó Belisario en junio de 533 su campaña, llevándola á feliz término con más rapidez y menos dificultades de lo que él ni nadie en Constantinopla habían esperado, atendidas las pocas fuerzas de que disponía. Estas únicamente consistían, además de su excelente guardia de doriforos y piqueros, en 11,000 infantes y 5,000 jinetes, y la escuadra en 92 buques veleros bien armados y defendidos por 2,000 soldados de marina, y 500 buques de transporte tripulados con marinería egipcia, jónica y cilicia.

Con estas fuerzas salió Belisario del Helesponto, pasó por Perinto y Abidos en dirección á Sígeo, los cabos del Peloponeso, el de Málea y el de Matapan, y ancló junto á Mesina para aguardar los trasportes y sobre todo las provisiones de pan que debían enviarse de Constantinopla; pero los víveres que le expidieron los empleados del gobierno, hombres codiciosos y sin conciencia, fueron tan malos, que originaron epidemias y causaron al ejército expedicionario innumerables bajas. Desde Mesina pasó á la isla de Zante para hacer provision de agua, pero una calma detuvo allí la escuadra 15 días y el agua embarcada se corrompió, de modo que hizo imposible un ataque directo al África desde las costas de Grecia; y sabe Dios cómo habría acabado la campaña sin la cooperación de los ostrogodos, que vino á demostrar los efectos funestos para la causa vándala del insolente desprecio que había hecho este pueblo de sus naturales aliados.

La reina Amalavinta, hija de Teodorico y sobrina de la infeliz Amalfrida, asesinada en la prisión, ya antes de iniciarse la guerra había ofrecido al emperador la isla de Sicilia con todos sus inmensos recursos, entonces en posesión de los ostrogodos, como base de sus operaciones de ataque. Desde allí pudo pues Belisario hacer lo que no era posible desde la costa griega. Desembarcó, pues, en un punto solitario al pié del Etna, desde el cual mandó á Procopio de Cesárea, su consejero y jurisconsulto, que describió como testigo ocular sus campañas contra los vándalos y ostrogodos,

PUEBLOS GERMÁNICOS Y ROMANOS

al populoso puerto de Siracusa, mientras él pasaba con su escuadra á Catania. Procopio tenía el encargo de informarse entre los godos y los naturales del país sobre las circunstancias interiores y medidas de defensa del reino vándalo, principalmente con el objeto de precaver una sorpresa desde algún punto ignorado sobre la escuadra durante la travesía. El confidente de Belisario cumplió con su encargo perfectamente. Consiguió que fuera á visitarle á bordo de su buque el esclavo de un comerciante, amigo suyo, que después de una travesía de tres días acababa de llegar de Cartago. Apenas le tuvo á bordo cuando dió orden de partir y así llevó al esclavo, todo sorprendido, á presencia del jefe de la expedición, al cual comunicó lo que sabía, que resultó ser todo lo favorable posible para sus planes.

El rey vándalo había mandado muy fuera de sazón su temida escuadra, compuesta de 120 buques de guerra excelentes con la flor de su ejército, 5,000 guerreros escogidos, todo al mando de su hermano Zazo, á la isla de Cerdeña, para reducirla á la obediencia; de suerte que las fuerzas marítimas de los vándalos no eran de temer durante la travesía, y el rey que no sospechaba siquiera verse sorprendido por los bizantinos, se hallaba á cuatro jornadas de la costa en la provincia de Bizacena, sin haber tomado ninguna disposición para la defensa del puerto de la capital. La escuadra bizantina pudo, pues, elegir á su gusto el punto de desembarque que más le convenía. Había pasado por delante de las islas de Gozzo y de Malta, cuando un viento de levante favorable la llevó junto á la costa cerca del cabo de Vada ó de Capudía. Mandó Belisario echar anclas allí, y después de oír á su consejo de guerra, determinó á desembarcar y marchar con las tropas por tierra sobre Cartago. Se mandó que la escuadra acompañara al ejército siguiendo cerca de la costa el mismo rumbo, no obstante las muy fundadas objeciones de Arquelao, su tesorero, que proponía llevar la escuadra con el ejército directamente á Cartago para evitar la escasez de agua en la árida costa para la expedición terrestre, y la falta de puertos y fondeaderos para los buques en el caso de una tempestad. Pero Belisario no tenía ninguna confianza en sus tropas si la escuadra vándala, avisada de lo que ocurría, se presentaba súbitamente á la vista y se lanzaba al combate. En este caso sabía que las tropas estaban resueltas á arrojar las armas, porque no se ocultaban para declararlo, mientras que por tierra tenía la seguridad de contar con sus veteranos, y en el peor caso si la escuadra expedicionaria cediese ante el furor de los vándalos ó de la tempestad, le quedaba siempre para el ejército terrestre la retirada libre á las provincias de Trípoli y de Cirene.

Desembarcó, pues, el ejército donde había fondeado la escuadra, y estableció en seguida, para evitar toda sorpresa, un campo fortificado. Para la empresa se contaba con la cooperación de los provinciales, pues que de otra manera habría sido una locura querer vencer á un enemigo poderosísimo con un ejército tan reducido; este cálculo se justificó plenamente. Las tropas debían guardar la mayor disciplina en sus relaciones con el pueblo, es decir, con los «romanos» que iban á libertarlos del yugo vándalo y no á combatirlos. En su marcha sobre Cartago apoderóse el ejército libertador por sorpresa de la ciudad de Syllectum, hoy Salecto. La vanguardia bizantina que durante la noche se había acercado y mantenido oculta en las cercanías de la ciudad, penetró en ella cuando al amanecer se abrieron las puertas para dejar entrar las carretas de los aldeanos; anunció al obispo, á los notables y ciudadanos su «libertad» y envió á Belisario las llaves. En la población encontró y recogió los caballos de aquella estación de posta real. Logróse hacer prisionero un vándalo, que se dejó corromper con dinero para sembrar